



CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

TRES dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quién, otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares, donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar, ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, Don Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa, la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho, cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta¹, de corredores, que, al parecer, de la

¹ Grupo y repeticion de palabras para despejar el lugar, y llamar la atencion del concurso. El mismo Cervantes dijo:

ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantado. Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompian los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lilibies y algazara los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote:—Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene.—Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que

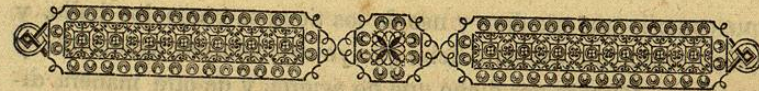
*Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa trapa, aparta, afuera, afuera.*

(Viaje del parnaso: cap. 4.) Y Góngora dijo tambien:

*Hace Musa sus buñuelos,
Dice el otro: aparta, aparta,
Que entra el valeroso Musa
Cuadrillero de unas Cañas.*

(Romance burlesco 32.) Estos dos versos últimos están tomados de un romance de Gines de Hita: *Guerras de Granada.*

la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo:—Estos bien nos han conocido, yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole:—Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quijote respondió:—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme dó quiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mesmo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejarémos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.



CAPÍTULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

DON Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo, fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa, dijo Don Antonio á Sancho:—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia.—No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entreambos ocho dias: verdad es, que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir,